



EL ECO DEL OCCIDENTE.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Núm. 5.

Domingo 15 de Agosto de 1852.

Año 1.º

APUNTES HISTORICOS

sobre el descubrimiento y paso del cabo de Buena

Esperanza.

QUANDO la mirada del filósofo se pasea sobre el campo de la historia, vé surgir de sus tenebrosas congeturas ciertos hombres, que á primera vista, es decir, á los ojos del poeta, solo tienen una importancia secundaria, indigna de sus cantos, y que sin embargo son muchas veces, ya el coloso que marcó los límites de una época, ya el faro que guió á la civilización, ó ya el genio que adivinó el porvenir.

Buscad la primera causa de los mas grandes descubrimientos, de las mas sublimes invenciones, de las mismas reformas y revoluciones: siempre llegareis al mismo origen; á una única fuente; al genio de un hombre.

De uno solo, que crea, sueña, inventa y adivina: que acaso busca el apoyo de otros para lograr su objeto; pero sin dejar por eso de ser siempre uno el genio, esto es, el creador.

La humanidad ingrata, ciega, poseida generalmente de pasiones bastardas ó víctima de fatales preocupaciones, se obstina en negar ese primer impulso de que hablamos, y cree haber dicho una gran cosa cuando exclama: «Tal adelanto no pudo ser de otro modo: le hizo el espíritu de la época: la marcha general de las cosas lo exigía.... Debió suceder!»

Es decir:

«No fué que este ó aquel hombre dió un paso atrevido, arrogante, increíble, sino que todos nosotros le impelimos.»

Ah! mentís: es todo lo contrario.

Debió no suceder: la época lo reprobaba, y la marcha de las cosas nunca hubiera por sí llegado á ese punto. Tú, siempre loca humanidad, tú lo hubieras estorbado.

Así es que todo el que sondée los descubrimientos y las revoluciones, verá dos cosas.

En primer lugar un grande agitador que, cual

si alumbrase ya su camino el sol de mañana, grita, ¡adelante! y anda y corre arrastrando á un pueblo por regiones nuevas donde hallarán la felicidad ó la muerte.

Y en segundo lugar descubrirá, como fondo aciago de aquel cuadro, cien mártires de los mismos principios que la humanidad ya reconoce.... ¡víctimas inocentes y sagradas que las edades anteriores sacrificaron en el ara del error, y que con el bautismo de sus lágrimas ó de su sangre prepararon la tierra para la regeneración.

Y estos hombres que se llaman Platon, Galileo, Saboranola, Voltaire, ó que llevan un nombre que no nos es dado citar, estos hombres, decimos, son redentores. Llámese Epicuro y le apellidarán malvado: nómbrese Colon y pasará por loco: si como el héroe de este siglo quiere calmar las convulsiones del mundo le llamarán tirano: si, como Verguand, adora la libertad pura y no ensangrentada, le cortarán la cabeza.

Ah! digamos con Victor Hugo:

«¡Grandes hombres! morid hoy, si quereis tener razon mañana!»

Y entretanto que llega ese triste mañana, esclamemos nosotros:

¡Llor eterno al genio, al verdadero genio, á esa epopeya de dolor que asoma en todas las épocas, á esa antorcha divina que lucha eternamente por brillar bajo el pié estúpido que quiere apagarla, á ese sacro númen, siempre aislado, perseguido, extraño, desheredado, escarnecido por sus contemporáneos, y que solo reina en la posteridad!

Pero hénos aquí arrebatados mas allá de donde queríamos ir, y diciendo verdades que solo son para pensadas.

Por lo demas, nos ha sugerido tantos pensamientos heterogéneos, un instante de reflexión sobre el destino de D. Enrique de Portugal, sabio á quien apenas tributa la historia una hoja del laurel que adorna la frente de Vasco de Gama.

Y sin embargo, á no ser por este príncipe no se hubiera descubierto la India hasta dos siglos despues cuando menos; pues, como se verá por nuestra siguiente relacion, él fué el inventor, el impulsador, el verdadero héroe de ese descubrimiento, á que solo cooperaron materialmente los célebres marinos portugueses del siglo XV.

Y véase tambien cómo los concisos apuntes que pensábamos enarrar sobre tan gigante empresa, tienen el honor inesperado de ver la luz pública, precedidos de una *maestosa* introducción.

XXX.

Es la India un país privilegiado por la naturaleza, una región fértil, rica, esplendorosa. Cuna quizás de la civilización del orbe, y esclava hoy de la codicia europea, siempre ha prodigado las fabulosas riquezas de su suelo, siendo en todos los siglos el punto principal á que se ha dirigido el comercio.

Hasta los tiempos de Alejandro no se conoció en Europa esta parte de la tierra, y desde entonces no han dejado de explotarse sus producciones maravillosas. Los monarcas y demas grandes de Occidente han hallado en la India diamantes, perlas, oro, corales, marfil, telas esquisitas y cuanto constituye el lujo de nuestros hermanos los poderosos, así como sus especias, tintes, plumas, pieles, medicamentos, maderas riquísimas é innumerables frutos se han prestado á la industria y laboriosidad de los pueblos.

La adquisición de tantos tesoros era fácil luego que se conseguía llegar á este país, pues del mismo modo que los naturales de América hicieron después, los indios cambiaban gozosos sus intasables mercancías por cuentas, de vidrio y otras insignificantes bagatelas.

Pero el grande inconveniente para la prosperidad de este comercio tan ventajoso, era el modo como se hacían los viajes á esta región.

Eran de dos maneras. Por tierra; siguiendo los caminos que la experiencia había enseñado como mas cortos y seguros; y entonces los comerciantes iban con camellos, caballos ó asnos. Tenían que atravesar los montes mayores del mundo: ya los Alpes, ya los Krapatos; unos los Urales, otros el Cáucaso, y casi todos las cordilleras gigantescas del Thibet, donde se elevan los picos del Himalaya.

A estas peregrinaciones de ochocientas ó mil leguas, practicadas á través de tantas naciones, muchas de ellas bárbaras, les amenazaban tres peligros: la falta de agua; una sorpresa de bandidos ó un ataque de fieras.

Y para hacer el viaje por mar, era preciso cruzar el Mediterráneo hasta el istmo de Suez; dejar las naves en el Cairo; pasar la lengua de tierra á pié y tener preparadas otras naves en Suez, é ir costeando desde allí las tempestuosas costas de Arabia y Persia, de cuyos litorales no osaban apartarse, temerosos de perderse en el vasto Océano indico, que les era desconocido. De vuelta con las mercancías tenían que desembarcarlas de nuevo en Suez, y arrostrar el trabajo inmenso de conducir al Cairo todo el cargamento sobre elefantes, camellos y otras bestias.

Tal era, pues, el estado de los viajes á la India, cuando en el siglo XV, en una fortaleza de Berbería, se agitaba en la frente de un jóven sin gloria, príncipe sin porvenir, hijo quinto de un rey de la cristiandad, el sublime pensamiento de obviar tantas dificultades.

XXXI.

D. Enrique de Portugal, duque de Viseo, llamado el NAVEGANTE, nació en 1394. Era el quin-

to de los hijos legítimos de D. Juan I de Portugal, y habiendo perdido la esperanza de ocupar el trono, pensó en labrarse por sí mismo un lugar en la historia y un nombre en el porvenir.

Descolló en él desde sus mas tiernos años una vehemente afición á la náutica, á los viajes y á la astronomía, cuyas ciencias cultivó sin descansar durante su larga vida.

Su padre le nombró Maestre de la orden militar de Cristo, y le hizo gobernador de Ceuta, donde dió pruebas de su valor indómito, defendiendo la plaza de las repetidas invasiones de los berberiscos. Distinguióse como aguerrido capitán y esperto marino en la famosa expedición de Tánger; y por último, á los 25 años de edad, después de hacer levantar á los moros un largo sitio que pusieron á Ceuta, se retiró á vivir á los Algarves.

Allí, cerca del cabo de San Vicente, estremo occidental de Europa, en un sitio próximo á Sagres, fundó una villa que llamó TERZA NAVAL, y que después llevó el nombre de VILLA DEL INFANTE, en memoria del intrépido D. Enrique.

Rodeado en aquel retiro de los viajeros y marinos mas célebres de la época, se entregó al estudio con un afán tan constante, que muchos le tuvieron por el primer sábio de su tiempo; y hasta hay quien asegure que él fué el inventor del Astrolavio (1).

Pero el grande pensamiento que ocupó su imaginación, al que dedicó toda su vida, y que sin embargo no se realizó sino después de su muerte, fué descubrir el límite meridional de Africa; hallar por él un camino para el mar de las Indias, y facilitar de esta manera los viajes á las regiones misteriosas descubiertas por Alejandro.

Para que se comprenda la grandeza de esta idea, hay que tener á la vista que ella era opuesta á los conocimientos de aquel siglo, pues creíase entonces entre los mismos sabios que el Africa no tenía término al Mediodía: creencia absurda, cuya deformidad no saltó á los ojos de todo pensador, porque contaba con un singular apoyo.

San Agustín y otros doctísimos varones (2) afirmaban que no había antipodas, y que era imposible navegar hácia el Sur; pues á nadie le era dado soportar los calores de la *Mesa del Sol*, como entonces se llamaba la Zona Tórrida que suponían deshabitada.

Por consiguiente la idea que esos sabios tenían de la figura de la tierra, debió aproximarse mucho á la que se lee en *los Vedas* de la India.

Pero D. Enrique, á pesar de no existir aun la imprenta, consiguió hacerse de las obras mas acabadas sobre geografía y viajes, que había legado á la edad media la civilización del mundo antiguo.

Por lo tanto, leyendo las historias griegas y ro-

(1) César Cantu lo atribuye á Martin de Bohemia.

(2) Martinez de la Pte. Lib. II. Cap. I.

Para dar una idea á nuestros lectores de la importancia que merece este autor, baste decir que el célebre César Cantu se guía por él, al tratar de los descubrimientos del siglo XV en su famosa HISTORIA UNIVERSAL.

manas, veria que saliendo Menelao, despues del sitio de Troya, por el estrecho de Gibraltar, entón- ces de Hércules, navegó tanto por el Océano Atlán- tico que, sin apartarse del litoral de Africa, llegó á ver salir el Sol á su derecha, encontrándose en el Mar Rojo pocos dias despues. Luego, á no ser una fábula aquel viage, Menelao habia dado la vuel- ta al Africa.

Hallaria el infante en los escritos de Pomponio Mela, que Hamon el I, capitan cartaginés, partió desde Cádiz, de órden del senado, con sesenta pen- tecontorios, (1) para poblar las ciudades fenicias que existian donde hoy el reino de Marruecos; y que insensiblemente bajaron tanto por el Océano, que llegó un dia en que sus cuerpos no trazaron sombra alguna sobre cubierta, sino una línea de pie á pie, á la hora que el Sol se halla en el me- ridiano, prueba evidente de que se encontraban en la Zona Tórrida (2).

Era, pues, indudable que aquellos mares podian navegarse, y que aun los mismos habitantes de las Zonas templadas podian vivir en aquel clima.

En Herodoto, que veia en el Africa una penín- sula de Asia, debió encontrar tambien D. Enrique otro indicio muy marcado.

Segun el Padre de la Historia, envió Xerges á un marino llamado Sataspes, con órden de reco- nocer las costas occidentales de la Libia; pero can- sado este de ver siempre lo mismo despues de mu- chas semanas de navegacion; desesperando de ha- llarle el fia á aquel litoral inmenso, y al mismo tiempo falto de víveres, se volvió á Egipto, donde aseguró que habia descubierto mas de 700 leguas de costa.

En una historia de la misma nacion veria que dos siglos antes de J. C. hubo un navegante lla- mado Eudasio de Cyzico, quien sospechando co- mo él que el Océano rodeaba á Africa, pidió á Tolomeo Evergeto II una armada para efectuar aquella prodigiosa vuelta. Bien es verdad que Es- trabon afirma que Tolomeo no accedió á sus sú- plicas; mas otros historiadores dicen que llevó á cabo su proyecto.

Pero la prueba mas irresistible, la que hacia que D. Enrique no dudase mas sobre sus conge- turas, era que ese mismo Estrabon consigna en una de sus obras que Tiberio Neron encontró en el golfo de Arabia, ó Mar-Rojo, unos restos de na- ves españolas que alguna tempestad habia destro- zado.

—Ahora bien, diria el *Navegante*, si el Afri- ca no tiene límites al Sur, ¿por qué mares fueron hasta allí unas embarcaciones que procedian del es- tremo occidental de Europa?

Hoy se contestaria á este ilustre pensador con el cabo del Norte de la Laponia, los mares del Sa- moyeda, el estrecho de Berhing, el Océano Pacifi-

(1) Navios de 50 remos.

(2) Plinio, lib. II. Cap. LXVII, ocupándose de esta expedicion, dice que estos navios cartagineses dieron la misma vuelta que Menelao, pero Luis de Marmol le contradice en su historia de Africa, li- bro I, Cap. XXXVI. Despues se ha sabido que solo llegaron á Sierra Leona, 10.º lat. N.

co y el mar de las Indias, camino que bien pudie- ron seguir aquellas naves en alas de la tormenta...

Pero ¡ah! que esas inmensidades de la tierra estaban aun cerradas á los ojos de la Europa, co- mo tambien la estension del infinito Atlántico, la existencia de esa América, gigante de los mundos, y hasta la sospecha de esos otros dos nuevos con- tinentes que estamos viendo hoy surgir de entre las olas!

Tambien lograria el príncipe portugues antee- dentes muy útiles á su objeto en las obras de un rabino navarro, llamado Benjamin de Tudela, el cual viajó por la Guinea, y en los escritos del cé- lebre baron normando Juan de Bthencourt.

Erastoteno, sabio geógrafo, famoso por sus ma- pas, Gemino, Polivio y otros historiadores de la antigüedad, le harian vacilar durante mucho tiem- po. Ello es que se nutrió en todas esas historias, buscó manuscritos, descifró rancios pergaminos, compulsó, tradujo, adivinó, y de todo este trabajo inmenso, resultó en él un firme convencimiento, una fé ciega, una voluntad irresistible.

(CONTINUARÁ.)

El Puente del Diablo.

(CONTINUACION.)

III.

Donde se demuestra que las promesas se
las lleva el viento.

Hora tras hora corriendo,
un dia tras otro pasando,
un mes y otro mes veloces
hicieron por fin un año.
Año funesto y de luto
para el corazon llagado
de la sensible Eleonora
por tanto esperar en vano;
pues el año y nuevos meses
rápidos se deslizaron,
sin que el capitan volviera,
sin que tornara el ingrato,
sin que un escrito mandase
de esos tan apasionados,
que el corazon que es de piedra
no se acuerda que es de mármol.
La pobre niña esperaba
á aquel Don Juan tan gallardo,
á aquel capitan valiente,
que entre juramentos tantos
prometiera ser su esposo
cuando marchó de su lado,
para volar á una guerra
de batallas y de asaltos.
Mas viendo que no volvía
y que el año era pasado,

informóse si había muerto,
y supo con sobresalto
que ni un rasguño siquiera
había recibido en tanto.
Alarmada con la nueva
tambien se enteró llorando,
que á Sevilla los guerreros
habian vuelto en aquel año;
y entonces la bella dama
víctima se vió de un lazo,
tan infame como cierto,
tan cierto como malvado.
Mucho tiempo solitaria
estuvo vertiendo llanto,
ricas perlas de sus ojos
fruto de los desengaños.
Despues huyó de las gentes,
de los paseos por el campo,
de recojer bellas flores
y de mirar á los astros.
Se olvidó de su belleza
por pensar en el ingrato,
y flaca, mústia y llorosa,
pasó de nuevo otro año,
hora tras hora corriendo,
un día tras otro pasando,
un mes y otro mes perenne
en adorar aquel falso
Juan Portillo el capitan,
que tan mal la hubo engañado.
(CONTINUARÁ.)

~~~~~  
SEA LO QUE DIOS QUIERA.  
~~~~~

Sin ganas de escribir estaba, cuando entró en mi casa el regente de la imprenta pidiéndome original para el *Eco del Occidente*, y á la verdad yo tenia las mismas ganas de poner un artículo, que un potentado de pegar el último estiron y marcharse con la música á Puerta de Tierra. Con la esperanza de que aun me quedaba una noche para poder dar cumplimento á esta exigencia, le despedí, con encargo de que á las ocho de la mañana del inmediato dia se presentase en mi casa (que está á la disposicion de ustedes) y tendria listo un artículo, pues mi cabeza no la encontraba en disposicion de coordinar dos conceptos, teniéndola mas caliente que están los accionistas de caminos de hierro. ¿Y porqué creerán mis amados lectores que no queria escribir? ¿Pues es una friolera!!!

Hace dias que estando yo en cierta parte.... No vayan ustedes á creer que fué en los toros del Puerto! Ni mucho menos en la comedia de *UN HOMBRE DE MUNDO*, que mas valia, (sea dicho de paso) que el público, que tan disgustado estaba (no por la ejecucion que fué brillantísima) hubiera abandonado sus localidades, que era á no dudar la verdadera censura que debia darse á las composiciones

dramáticas que tan desapercibidas pasan en punto á moralidad. El teatro es la escuela de las costumbres.

Como iba diciendo, y perdonen, pues tengo la desgracia de distraerme en pequenece; ví una criaturita con un par de ojos, que al echarme la vista encima.... piff! me quedé como si me hubieran metido un compás por la claraboya que me dejaron al sacarme aquel huesecillo con que elaboraron á nuestra madre Eva. Al momento comprendí que una muger que tiene un par de navajas sobre las narices, como las que posee la susodicha, es temible; y si un hombre desea vivir con tranquilidad, se hace indispensable que retire el bulto de los parages donde ella se enseñorea. Así, ni mas ni menos, trató yo de hacer, pero dá la maldita casualidad que la prójima está en el secreto, y como conoce que me tiene mas aplastado que una breba bajo un zapato gallego, se está haciendo de pencas, y se nos vá el tiempo como quien dice, quiero y no quiero.

Confesado ya mi pecado, y puestos en el secreto cuantos lean estos rengloncillos, deberé añadir que me salí á la calle, con el humor mas negro que los que han jugado á la baja en el presente año, y como iba oscureciendo me fuí por la calle Ancha á la plaza de San Antonio, donde llegué con mas yeso en la levita, pantalon y sombrero, que el que hay depositado en Puerto-Piojo. Pero ¡oh fatalidad!! Tuve que retirarme, pues á esa hora dá compasion penetrar en aquel sitio por tanto infeliz mendigo como está echando cuentas, segun es de creer, de lo que harán para ganar un pedazo de pan con que dar cuerda á la máquina en el inmediato dia; por lo tanto abandoné aquel lugar y me encaminé á disfrutar de la frescura que presenta la hermosa y bien concluida plaza de Mina. La deliciosa noche me asaltó en medio de aquel ameno sitio, embalsamado por una perfumada brisa, y cubierto con el manto que sobre sí tendia la luna, la cual aparecia pendiente de la celeste bóveda cual una lámpara de plata.

Me dió gana de tomar asiento, y me senté por supuesto, al lado de una señora de esas que llaman *jamonas*, la cual se conocia habria dado mas sentimientos en este pueblo, que cuando se echa un sorteo para engrosar nuestro ejército, ¡y no digo nada si daba con hombres tan sensibles como el nieto de mi abuela!!! Esta señora estaba acompañada de dos jóvenes que sumadas podian dar por resultado los años de Cristo. Al lado de la una habia un gran cigarro ardiendo, á modo de incensario, y fué tan grande la bofetada de humo que me pegó, que nó pude ménos de reconocer esos tabacos habanos que naufragan en Virginia; de aquellos que á las dos chupadas se queda cualquier cristiano como si hubiera sido acometido del cólera. Al referido tabaco estaba unido uno de esos pollos tísicos, que han dado en la mania de ponerse la camisa del reves, con peligro de que un fuerte levante los coja de bolina y los remonte, sino tienen la precaucion de colocarse dos piedras de grueso calibre en los bolsillos.

Yo habia entablado conversacion con la mamá, y nos ocupábamos de la estacion, de lo indispensable de los baños, de que era viuda, de que la casaron á los doce años no cumplidos, de una enfer-

medad que habia tenido, de lo mucho que le crecia el cabello, y otras lindezas tan interesantes como las ya referidas, por lo que vine en conocimiento que aquella señora tenia aun pretensiones. ¿Y quién no las tiene? Yo, entretanto, estaba electrizado con la conversacion que el antedicho pollo traía con la niña en cuestion ¿Ha oido usted decir algo del pozo artesiano? ¡Parece que está muy adelantado!! y otras cosas parecidas, lo cual me hizo levantar, y despues de saludar á las damas me retiraba á mi casa, pensando siempre en aquellos ojos que tanto me escarabajean, y al doblar la esquina de la calle de Bilbao para entrar en la de Cobos, se me enredaron los pies en una larga cuerda que llevaba un hombre, y á cuya punta iba atado un perro de Terranova. Caí al suelo, el perro se asustó y me pasó la columna vertebral: su amo ó encargado se vino tambien á tierra, y fastidiado por aquel contratiempo, llegué á mi casa para escribir el artículo; pero hete aquí que como era tarde y estaba mas molido que un postillon en las jornadas de canícula, y el un ojo empezó á hacerme más y el otro zape, no me quedó lugar mas que para decir á mis sueritores..... Buenas noches.

MANUEL MARIA HAZAÑAS.

UN PASEO POR EL MAR.

No hay recuerdo que deje de entristecer. Muchas veces sentimos una amarga impresion cuando tendemos una ojeada sobre esa hoja negra del libro de la vida que lleva el nombre de *pasado*. No hay ser, por dichoso que sea, que no suspire por aquellos años felices en que la juventud ó la niñez tejieron sus coronas de rosas y jazmines sobre nuestras sienas; y ved aquí cómo esta dulce evocacion de la memoria, esta refractacion de luz en el espejo de nuestra alma, produce en nosotros esas distracciones que pasan á los ojos de muchos por estolidez, y á los de otros muchos por una fastuosa presuncion.

Lo que en el trascurso de mi existencia ha impresionado mas mi mente de niño y jóven, ha sido el mar..... las olas, esas *viejas amigas*, como las llama Chateaubriand, que con su eterno arrullo parecen adormir al mundo, como una madre que entona canciones para endulzar el sueño de su hijo.

Acuérdome que la vez primera que le ví fué en las alturas de la cuesta de la Reina de Málaga.

Era un dia sereno y templado del invierno, cual los que se gozan en esas dichosas riveras del Mediterráneo; resplandecía el Sol entre torbellinos de fuego; á mi derecha tenia una prolongacion de promontorios que iba á espirar entre el mar y el cielo, pareciendo que las costas africanas se inclinaban hácia aquella parte, en sentido natural para formar el estrecho; enfrente y á mis piés descubrí

una superficie infinita, dorada, hirviente, cruzada de ráfagas azules mas ó menos vigorosas, llena de puntos blanquecinos que parecian una columna de niebla, y que en realidad eran barcos, los cuales se movian en la silueta del horizonte y al traves de una trasparente bruma, bajo cuyo fondo se delineaban los picos de Berbería.

¡Ah! yo era niño y no tenia conocimiento para pensar!..... Cedí al pasmo y admiracion de un espectáculo tan magnífico! Pero cuando mas tarde se fué desarrollando mi razon, entónces sí quise sondear esas hipótesis de la ciencia, por la que cada cual aduce sus razones sobre el flujo y reflujó del mar, y sin entender las causas físicas que producen estos fenómenos, me creé mis teorías y traté de ensayarlas.

En su consecuencia, arrastrado por las circunstancias de mi vida, me ví en el caso de estudiar prácticamente, y ya á las orillas del mar, ya volando en álas de los vientos sobre algun buque, por mas observaciones que hacia, no pudo mi ignorancia traspasar el velo con que se cubren estos secretos de la naturaleza.

Estaba un dia echado de pechos en una muralla de una fortaleza del litoral del Africa. Entreteníame en ver volar algunas gaviotas sobre las olas, las cuales ni aun tenian fuerza para estrellarse contra las rocas de la costa. En vez de golpear lamian. Era esa hora lánguida y suave en que el Sol fatigado descansa su ardiente cabeza en los crepones de Occidente, y el Mediterráneo reflejando el azul del cielo, apenas rizaba sus ondas á impulsos de una brisa de Oeste.

En aquel momento de suprema contemplacion, de calma profunda y de placer melancólico, una mano varonil y huesosa vino á descansar sobre mi hombro. Volví la cabeza y me encontré á mi amigo el señor Pablo, antiguo patron, que se reia sin duda de verme tan sério.

—¡Ola amiguito! me dijo: quiere usted venir á dar un paseo por el mar? De ese modo bien podrá estudiar y hacer sus observaciones marítimas.

—Acepto, le contesté.

—Pues vamos; tengo un bote precioso que me han traído de Cartagena, lo montaremos y daremos dos ó tres bordeadas.

—Una palabra, amigo, observé yo, ¿vamos solos?

—¿Y á qué mas gente?

—Es que yo no sé remar, ni manejar el timon.

—¡Bah! exclamó el señor Pablo; yo lo sé todo. Ademas, la *DELFINA* tiene vela y no hay necesidad de encallecernos las manos.

—Pues marchemos, contesté, descansando en la seguridad de mi amigo.

Bajamos á una pequeña ensenada practicada en la roca que sostiene las elevadas murallas del N. E. de la plaza, y allí encontramos atracado un pequeño bote, pintado, embreado, charolado, petimetre, que se mecía como un cisne á las suaves ondulaciones del mar.

—¿Nos vamos á embarcar en este juguete? pregunté con alguna admiracion, contemplando la elegante barquilla.

—¡Y qué! ¿Le pasma á usted eso? me contestó el señor Pablo: es cosa muy sencilla, prosiguió

arrimando el bote; salte usted á proa que yo me colocaré al timon.

Obedecí como un grumete.

El señor Pablo se sentó en la popa, y apoyando una mano en la roca inmediata, hizo un violento empuje y la lancha partió alegre, retozona, lijera, bulliciosa, como un potro á quien se allosa la brida.

El viento blando y suave que corria, venia empapado en esos perfumes vigorosos que se desprenden de las costas africanas y de las marismas vecinas; el Sol se ocultaba en aquel momento, y algunos pescados saltaban alegremente, como si fuesen cenefas de plata que aparecian y desaparecian como por encanto.

—Haga usted alguna cosa, me dijo el señor Pablo; tire usted de esa cuerda para que suba la vela y la brisa nos pique de costado.

La vela cayó blanca y flotante, cerniéndose con sordo murmullo; luego que fué amarrada, la lancha experimentó una inclinacion á la banda de estribor, el lienzo se fué inflando, y el señor Pablo empuñando la caña hizo que la lancha gobernase con elegante gallardía en direccion del N. E.

—Ya vamos bien, me dijo mi amigo con satisfaccion.... ahora matemos el tiempo.

Y sacando su ennegrecida pipa la encendió, y principió á lanzar blancas espirales de humo por su boca.

En esto sentí un ruido en las olas que me llamó la atencion, y bajo el espejo cristalino de las aguas ví pasar unos cuerpos verduscos que se arremolinaban al rededor del esquife.

—¡Diablo! exclamé asustado, ¿qué pescados son estos.

—Delfines, contestó Pablo. Verá usted que danza forman delante de nosotros.

En efecto, poco á poco fueron asomando sus airosas cabezas, arrojando por la boca surtidores de agua, y trazando elegantes curvas en la superficie del mar.

—He oido decir, observé, que estos pescados anuncian las tempestades.

—Y tambien anuncian la bonanza, me contestó Pablo con indiferencia. Pero advierto que ya hemos corrido una milla: tomaremos un punto al Norte y nos volveremos á la plaza.

El timon recibió esta nueva direccion, y la proa fué inclinándose lentamente. No bien tomó la DELFINA el derrotero indicado, cuando ví que el señor Pablo se puso de pié, levantó una mano para conocer uno de esos secretos del vendabal que solo los viejos marineros huelen cuando estos pasan por las lonas de los barcos, y en seguida pronunció una de esas duras interjecciones propias de las gentes de mar, que indican algo de terrible y espantoso.

—Qué pasa, le pregunté asustado sin saber por qué.

El señor Pablo, que ya habia recobrado su calma, me dijo:

—¿Vé usted aquella nubecilla roja que se estiende por el Poniente?

—Si.

—¿Y aquella faja azul que se dilata en el límite del mar?

—Tambien. Si no me equivoco es una racha.

—Pero una racha de viento que la DELFINA no puede resistir si no nos apresuramos á volver á la plaza.

Mi angustia fué terrible.

—Vamos pronto, contesté maquinalmente.

La DELFINA principió á virar. Cuando nos disponiamos á presentar la popa á la brisa, conocí que esta languideció de repente; su último suspiro pasó vibrante y agudo por entre los pliegues de la pobre vela de la barca, la cual quedó inmovil en medio de aquellas olas que insensiblemente se iban engrosando.

—¡Truenos y rayos! gritó el señor Pablo. Abajo la vela y mano á los remos.

Acto continuo sacó un cuchillo y cortó con una prontitud asombrosa todos los cabos que la sujetaban. La vela cayó en el mar mientras mi amigo armaba la lancha con dos pares de remos.

No hay cosa que adiestre mas pronto que la necesidad: empuñé los dos remos que con una indicacion me señaló mi amigo, y confieso que principié á bogar con toda mi fuerza y voluntad ¡Vanos recursos! No bien habiamos corrido con la velocidad de una flecha un cuarto de milla, cuando un rumor sordo, como un redoble de alarma, se sintió á lo léjos.

—Camarada, esto vá muy mal, me dijo el señor Pablo.

—¡Dios mio! ¿qué sucede?

—Que no podremos llegar á la plaza. El viento ha cambiado. ¿Oye usted ese ruido?

—Si.

—Es el Sur, y con él viene la tempestad. ¡Oh! el perro camina de prisa; afiáncese usted en el banquillo..... ya está aquí.

En efecto, una ráfaga inmensa y atronadora pasó sobre la superficie del mar, y amontonando las olas hizo retroceder á la lancha, cubriéndola de agua. El cielo se cubrió de espesas nubes, y yo contemplaba aquel espectáculo bañado en un sudor de muerte: solo puedo decir que sobrevino la noche y nosotros nos encontramos en medio del Mediterráneo, arrastrados por la borrasca.

(CONTINUARÁ.)

ROMANCE.

Puesto mi bella señora que quereis versos de mí, tomo la pluma y procedo sobre el papel á escribir. Apuro grande es por cierto pero vos me lo exigís, y á un mandato semejante doblo humilde la cerviz. ¿Mas qué pretendéis que diga? pedid, señora, pedid. Si os agradan los perfumes,

si os embelesa el jazmin,
 si entre las aves hallais
 un canto grato y gentil;
 si en la noche misteriosa
 veis las estrellas lucir
 entre la pálida luna
 cual diamantes del zenit;
 si de la mar el murmullo,
 si del lago el rebullir,
 y de la fuente argentada
 buscáis la linfa sutil;
 si la tempestad, el bosque,
 del horizonte el confin,
 el rayo, el Sol, los jardines,
 ó ya el oro del Ofir.....
 Si algo ó todo de esto os gusta
 decidmelo y exigid
 mas versos que arenas tiene
 el manso Guadalquivir.
 Mucho ofrezco, mas no importa,
 vuestra faz de serafin
 y vuestros ojos me mandan,
 y ya que mandan así,
 obedezco á lo soldado
 cuando maneja el fusil.
 Vamos al caso señora,
 mucho quisiera escribir,
 pero á lo que mas se inclina
 mi númen pobre é infeliz,
 es á cantar vuestras gracias
 y á deciros..... ¡ay de mí!
 que os amo mas que Piramo
 quiso á Tisbe. No es mi fin
 decir tan poco..... yo os quiero
 como al espacio el neblí,
 como la aurora al rocío,
 como la rosa al carmin.
 ¿Deseais mas? Pues mas diré,
 pues que preciso es decir.
 En vuestros ojos encuentro
 veneno, pólvora, hollin,
 alquitran, cuchillos, diablos.....
 que sin ser luz de candil
 son candelabros que alumbran
 mi cabeza y mi existir.
 ¿Y vuestra risa? ¿Es acaso
 entreabierta flor de lis?
 ¿Qué teneis en vuestra boca?
 ¿Son perlas ó son rubís?
 ¿Puntas de ricos brillantes
 ó juguetes de marfil?
 ¡Y vuestro cuerpo, señora!
 ¡Vuestro talle! ¡Ese matiz
 del cútis que os embelleze;
 noche sin faro ni fin,
 cuando lánguido se ostental
 ¿Quisiéraisme, pues, decir
 qué tesoros son los vuestros
 que valen mas que Pekin?
 ¿Robástis á Citerea
 del Olimpo en el pensil
 todas las gracias y encantos?
 ¿O de la region del Odin
 fuísteis el premio ofrecido
 en el año de dos mil,
 antes que al mundo viniera

San Cipriano y San Crispin?
 Señora, yo estoy perdido,
 ya no encuentro qué decir.
 Si vuestros ojos me mandan
 tanto y tanto proyectil;
 si vuestra risa me asedia
 con tanto y tanto reir;
 si vuestro cuerpo se mece
 cual airoso bergantin
 REQUIESCAM IN PACE AMEN,
 aquí dejé de existir.

MANUEL MARIA HAZAÑAS!

TEATRO PRINCIPAL.

La concurrencia del teatro Principal es de lo mas brillante y entendido de esta poblacion, y los palcos todos aparecen engalanados de hermosas andaluzas que le dan mas realce á aquel local con sus interesantes fisonomías. Como la estacion atrae á muchas familias que vienen de temporada de la romanesca Sevilla, de Jerez y otras risueñas poblaciones, aumentan el número de sus espectadoras, que con sus talles flexibles, sus hermosos ojos y hechiceras sonrisas nos demuestran ser las sucesoras de las interesantes damas españolas que galardonaban en las justas y torneos á los intrépidos caballeros.

La semana que ha pasado ha sido, á no dudar, la que ha dado mayores entradas á la lucida compañía que con tanto acierto é intelijencia dirige nuestro apreciable amigo el señor don Joaquin Arjona: todos han rivalizado; todos se han esmerado no solo en la ejecucion de sus papeles, sino es tambien en la exactitud con que siempre los llevan estudiados. ¿Y la inimitable Teodora?..... Dos veces fué llamada á la escena el martes, en la ejecucion de «LA LEY DE RAZAS, despues de repetidísimos aplausos, de aquellos que arranca el actor, y que son hijos del entusiasmo y admiracion. Repetimos que Cádiz recordará siempre con satisfaccion una temporada como la que acaba de terminar.

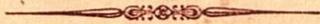
AL EMINENTE ACTOR

D. JOAQUIN ARJONA.

Nace el Eschilo y crea
 grande y doliente, trágica figura.
 Divino Rafael el arte emplea
 de la grata pintura,
 y reproduce la pasada historia.
 Sublime Miguel Angel, en la piedra
 resucita insensible la memoria,
 del héroe mismo que soñó el poeta

y retrató el discípulo de Apeles.
 Nace el actor!—Miradle.—Ya interpreta
 del vate, del cincel y los pinceles
 la atrevida creacion. Estátua viva,
 retrato ya animado,
 realidad del ensueño de una mente,
 por tres musas al par es inspirado.
 Copia, traduce, siente;
 y su actitud, su voz y su mirada
 son un lenguaje solo y elocuente.
 Esa es tu gloria, Arjona,
 por lo que esta ciudad entusiasmada
 te ciñe de laurel una corona.

MANUEL MARIA HAZAÑAS.



La oferta que hicimos en el número anterior de mejorar el tamaño del periódico, su tipo &c., queda cumplida con antelacion á lo que nos habiamos propuesto. El Eco DEL OCCIDENTE ha visto la luz pública sin mas pretensiones que las de agradar á sus suscriptoras, y aunque lo mas escogido é ilustrado de esta poblacion nos favorece en nuestro patriótico pensamiento, y son muy pocos los que han desestimado la atencion que tuvimos al remitirles nuestro primer número, ha sido tan grande é inesperada la acogida que éste ha merecido en Madrid, Toledo, Granada y Guadix, que seriamos muy ingratos si no nos anticipásemos, no solo á engalanar nuestro periódico tal como hoy aparece, sino á dar repetidísimas gracias á los habitantes de la ilustrada y siempre culta provincia de Granada, mereciendo especial mencion, con lo que pagaremos un justo tributo, la ciudad de Guadix, donde pidieron nuestro primer número ciento veinte suscritores. Los recuerdos de esta poblacion nos son muy gratos, y si circunstancias, ajenas de este lugar, nos han alejado de aquel jardin enclavado entre dos fértiles provincias, no por eso hemos olvidado ni un solo instante á sus ilustrados habitantes.

Para que nuestras esperanzas tengan mayor fundamento, debemos participar que tambien forma parte de nuestra redaccion y ameniza con sus escritos las columnas del Eco, la bien cortada pluma del distinguido literato don Justo Francés y Floren, cuya oferta, que hemos aceptado con reconocimiento, nos hace desde Madrid.



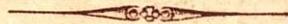
SOLUCION á la segunda charada de nuestro periódico.

Antropófago.

A las diez de la mañana del domingo 8 del actual estaban en nuestro poder varias esquelas anónimas con la solucion de la segunda charada de nuestro periódico, pasando de veinte las que recibimos en todo el dia. Mucha facilidad hay en los naturales de esta hermosa poblacion para coordinar trabajos de esta naturaleza.

El miércoles recibimos una composicion con la solucion referida, y nos es muy sensible no darle cabida en nuestro número de hoy, por venir anónima; y como quiera que todo lo que se lea en EL Eco ha de ser original, como tenemos ofrecido, y con la firma al pié del artículo ó poesia que se inserte, nos dispensará la persona que nos ha favorecido de que continuemos con nuestra resolucioin; empero si el autor de la referida poesia no tiene inconveniente en favorecer nuestra redaccion, y autorizar sus lindos versos, desde luego puede contar con un lugar en nuestro inmediato número.

Es tambien en nuestro poder otra complicada charada, que igualmente nos han remitido anónima, pero ignoramos si es con el objeto de que se inserte para nuestros suscritores, ó para que nos ocupemos de ella. Suplicamos tambien á su autor nos aclare esta duda, en la inteligencia que nos creeremos muy honrados en complacerle.



3.ª CHARADA.

Con mi primera y segunda
 es conocido un romano,
 que brilló en tiempos remotos,
 principalmente por raro.
 Lo que es tercera con quinta,
 en la antigüedad llamaron
 al que era de una nacion,
 que ya de nombre ha mudado.
 Mi primera con mi cuarta
 es un nombre triste, infausto....
 y mi todo otro muy célebre,
 pero lo llevó un malvado.

Se suscribe á este periódico en la imprenta calle del Laurel, número 129, al precio de 4 reales al mes en Cádiz, y 5 fuera, franco el porte.